

MARTIN DREHER, *Athen und Sparta*, C.H. Beck Verlag, Múnich, 2001, 214 pp. y cinco mapas, ISBN 3-406-48208-2

No resulta una empresa fácil escribir una historia de Atenas y Esparta, las dos ciudades más famosas de la antigua Grecia, y ello especialmente cuando, como en el presente libro, lo que se pretende es ofrecer una visión de conjunto sobre ambas que refleje en lo esencial su papel histórico. El primer problema con el que se enfrenta el estudioso entonces es, no sólo saber dar prioridad a lo esencial dentro de la inmensa masa de fuentes y estudios existentes, sino procurar al mismo tiempo evitar caer en una comparación tópica entre las dos ciudades, que cuenta con una larga tradición en la antigua y la moderna historiografía. Pero además el problema se agrava porque la cantidad de información disponible sobre ambas ciudades es muy desigual: contamos con una gran masa de textos (literarios, epigráficos, históricos) y restos arqueológicos que nos informan sobre la historia de Atenas con un detalle que no encontramos en ninguna otra ciudad griega de la Antigüedad, mientras que la antigua Esparta, que prácticamente no nos ha legado monumentos o testimonios literarios relevantes históricamente (salvo los fragmentos de Tirteo y Alcmán), nos es conocida en gran medida gracias a testimonios de otros griegos, en gran parte también atenienses. Este desequilibrio es difícilmente superable, por más que Dreher declare al principio del volumen que procurará dedicar a Atenas y Esparta el mismo espacio en su obra. Es verdad que sí cumple con lo que promete, pero ello perjudica seriamente el propósito de la obra que en gran medida se ve obligada a convertirse en una historia de presupuestos en general muy tradicionales y basada prácticamente en la política y constitución de ambas ciudades, puesto que es en estos dos aspectos en los que se puede realizar una exposición equilibrada de las aportaciones respectivas de Atenas y Esparta. Esto supone que el lector no va a encontrar en el libro ninguna valoración sobre el legado artístico y literario de Atenas que no es, a mi entender, ajeno a la percepción histórica de su democracia: los festivales dramáticos del siglo V o los textos de los oradores áticos puestos en circulación en el IV no sólo son literatura o testimonios históricos, sino reflejo del propio sistema democrático que contribuyeron a implantar. Pero, obviamente, dar a estos textos la relevancia que tienen para entender lo que fue la sociedad ateniense inclinaría la balanza de la exposición de manera decidida a favor de Atenas, pues Esparta tiene poco que presentar en este terreno.

La división del libro en tres apartados, dedicados sucesivamente a los orígenes y formación de ambas ciudades hasta el final de época arcaica (“*Entstehung und Entwicklung der beiden Stadtstaaten bis zum Ende der archaischen Zeit, bis 511 v.Chr.*”, pp. 13-58), al siglo V (“*Zwischen Gegnerschaft und Bündnis: das fünfte Jahrhundert, 511-404 v. Chr.*”, pp. 59-138) y al siglo IV (“*Vom Zwangsbündnis zum Zweckbündnis: das vierte Jahrhundert, 404-338 v.Chr.*”, pp. 139-174), no deja tampoco de plantear problemas, en la medida en que traza la historia constitucional de los dos primeros periodos sobre todo a partir de fuentes del tercero. En términos concretos esto supone no sólo que Dreher debe partir con frecuencia de reconstrucciones tardías de los hechos para ilustrar el periodo arcaico o el comienzo del clásico (algo a lo que ningún historiador moderno puede sustraerse), sino que se ve obligado a repetir constantemente, más de lo que sería preciso en una obra de estas reducidas dimensiones, aspectos de la constitución de Esparta que permanecieron constantes (en líneas

generales) en cada uno de los tres periodos. Ello hace más evidente aún el contraste con Atenas, sobre cuya cambiante y fascinante evolución institucional contamos con un abrumador número de fuentes, verdaderamente sin parangón con los escasos datos disponibles acerca de Esparta.

Las razones de este desequilibrio en cuanto a las fuentes no son analizadas tampoco por Dreher, que rechaza sin mayores argumentos en pp. 114-115 la idea del tradicional analfabetismo espartano. El hecho de que, como él mismo indica con acierto, sólo a lo largo del siglo VI la sociedad espartana empezara a militarizarse como resultado de su necesidad de mantener el control sobre gran parte de sus aliados “a la fuerza” en el Peloponeso (pp. 47-51), puede tener que ver con el carácter marginal que tuvo la escritura en la Esparta clásica. En efecto, mientras el uso de la escritura se extendió en la polis ateniense hasta alcanzar unas dimensiones nunca vistas hasta entonces (quizás por las necesidades burocráticas de su imperio naval más que por el carácter democrático de su sistema político: Dreher no entra en esta crucial cuestión), Esparta quedó estancada probablemente en el modelo de polis arcaica que usaba la escritura de forma ocasional, pero funcionaba básicamente a partir de tradiciones orales. Aunque estas cuestiones son sin duda controvertidas, pienso que habría merecido la pena detenerse en ellas, siquiera sea porque son las que determinan la desigual información de la que disponemos para las dos ciudades.

Entrando ya en detalles del libro, señalaré sólo algunos aspectos que me parecen relevantes y que no han sido, a mi entender, tratados adecuadamente por el autor. En primer lugar, me parece que no es del todo acertado excluir por completo el mito de la reconstrucción histórica de Atenas desde la edad micénica hasta la edad arcaica y recurrir en cambio a Homero de forma exclusiva, tal como hace Dreher en la primera sección del libro. Un mito como el de Teseo y el Minotauro tiene un claro trasfondo micénico según opinión unánime de todos los estudiosos y debería por lo menos haber sido mencionado por Dreher para la reconstrucción del pasado ateniense, siquiera sea por el hecho de que Teseo fue incluso convertido en precedente de la democracia ateniense por algún autor del IV. Por el contrario, la vinculación de Homero con la estructura de la polis ateniense de los siglos IX-VIII es más que dudosa, incluso aunque admitamos la tradicional datación de Homero en este siglo (pp. 16-17). Otro aspecto en el que la reconstrucción de la historia antigua de Atenas y Esparta en esta primera sección adolece, a mi entender, de ciertas deficiencias, es el relativo a las figuras de Dracón, Solón y Licurgo, a los que Dreher hace responsables de una labor legislativa de amplio calado (habla incluso en p. 27 de “eine Art von Verfassung” al referirse a la obra de Solón) que parece basarse más en la visión de las fuentes antiguas que en las modernas tendencias de estudiosos de las leyes arcaicas, como Karl-Joachim Hölkeskamp, que consideran que es anacrónico hablar de codificaciones en la edad arcaica. Finalmente, me parece un error considerar que el largo periodo de la tiranía pisistrática, situado entre Solón y Clístenes (pp. 30-31), aportó poco o nada a la evolución histórica de Atenas, porque aunque la cuestión sea discutible, pienso que el autor omite algunas informaciones esenciales para entender la importancia del periodo de la tiranía. Así, no menciona que fue Pisístrato el creador de importantes vínculos de solidaridad entre Atenas y los jonios a raíz de la ocupación persa de la costa de Asia Menor a mediados del VI (tras la caída de Cresos). Esos vínculos, que explican la presencia de importantes poetas jonios en la Atenas pisistrática (Simónides y

Anacreonte) y el comienzo de la difusión del alfabeto jonio en Atenas ya en el siglo VI, son quizás los que permiten entender el papel de Atenas en las guerras médicas y la formación posterior de la liga délico-ática. No hay que olvidar tampoco que durante la tiranía de Pisístrato se produce la presencia ateniense en Sigeo, prácticamente junto a la antigua Troya, la difusión de la copia Homero en la Atenas de los tiranos o la fundación de los festivales dramáticos, hechos todos estos que Dreher no llega a mencionar.

La segunda sección, dedicada a la época clásica, es la más equilibrada y lograda del libro, aquélla en la que el autor demuestra además tener más competencia y conocimiento del tema y el lector encontrará las páginas más amenas. Dreher sabe centrar su análisis de los hechos políticos en las guerras médicas y la guerra del Peloponeso, dejando de lado un relato detallado de otros periodos, que podría resultar excesivo. Sabe también evitar entrar en detalles biográficos de algunos de los protagonistas del periodo (como Pericles) y buscar lo esencial en las estructuras y grandes líneas de la historia. De esta sección señalar tal vez únicamente que el autor no corrige demasiado la idealizada visión que Tucídides ofrece de la democracia ateniense en boca de Pericles (pp. 111-112) y que, en consecuencia, no entra a debatir los porcentajes de población meteca y esclava existentes en Atenas (pp. 121-124).

En la tercera y última sección del libro, dedicada al siglo IV, Dreher da excesiva importancia a la historia política, marginando aspectos cruciales para entender el periodo. Nada se dice por ejemplo de la naturaleza del ascenso de Macedonia, que determinó la política ateniense durante décadas o de la concurrencia de distintas escuelas atenienses por la educación de Alejandro, hijo de Filipo (platónicos, Isócrates, Aristóteles). Se echa en falta también que Dreher no llegue a citar siquiera el *Panatenaico* de Isócrates, que contiene sin duda la comparación más sistemática entre la historia y los sistemas políticos de Atenas y Esparta que nos ha transmitido el mundo clásico griego. Esta ausencia se explica en función de la habitual marginación que sufre Isócrates en los estudios clásicos frente a otros autores de relieve y que lleva a Dreher a calificar de "idealismo" la idea del orador en su *Panegírico* de unir a todos los griegos en la lucha contra el persa (p. 152), ignorando su discurso *A Filipo*, en el que Isócrates propuso al macedonio encabezar esta empresa que luego llevaría a cabo su hijo Alejandro.

Probablemente algunas de las observaciones reseñadas puedan parecer excesivas si se considera el propósito esencial del libro de servir de simple guía e introducción a dos ciudades sobre las cuales hay una inmensa bibliografía. Ninguna visión sobre ellas puede satisfacer completamente a nadie ni dar cuenta de todas las múltiples facetas de su desarrollo histórico. Dreher conoce bien su historia y la expone con competencia. Únicamente es de lamentar que siga planteamientos tradicionales de la historia política e institucional y no aproveche la ocasión para dar cuenta de otro tipo de problemas como los que he reseñado en estas líneas. Quizás ello habría exigido sin embargo otro tipo de planteamiento, más próximo a un ensayo que al de una historia, lo que era tal vez ajeno al propósito del autor.